

Robert M. Carmack
y Robert Jarvenpa*

LA ECOLOGÍA POLÍTICA DE LOS CONFLICTOS
CULTURALES: COMUNIDADES INDÍGENAS,
AGRICULTURA Y ENERGÍA HIDROELÉCTRICA
EN BUENOS AIRES, COSTA RICA

Resumen

Este artículo trata sobre la dinámica de la “ecología política”, es decir, la lucha por el poder puesto que se relaciona con las condiciones ecológicas en entornos socioculturales superpuestos. Los modos y medios de vida de la población en el cantón de Buenos Aires, Costa Rica proporcionan el contenido empírico de este análisis centrado en las comunidades indígenas que viven en reservas o cerca de ellas, por constituir esta población uno de los sectores más marginados de Buenos Aires en términos políticos y económicos. El caso que se estudia en este artículo es de particular pertinencia puesto que Costa Rica ha demostrado un interés duradero en mejorar las condiciones ecológicas de su población. Asimismo, el cantón de Buenos Aires y la represa hidroeléctrica que se pretende construir en este lugar representan los problemas políticos y ecológicos que las comunidades rurales en general enfrentan en todo el mundo en vías de desarrollo. Las luchas cotidianas de los pequeños agricultores en el cantón de Buenos Aires —como en Térraba y Curré— y su creciente resistencia al desarrollo de la represa hidroeléctrica, ofrecen estudios de caso para interpretar las complejas transformaciones materiales y sociales. La yuxtaposición de familias individuales y comunidades refleja importantes distinciones en escala y contexto social que a la larga intervienen en el diseño de estrategias y mecanismos para enfrentar dilemas ambientales y políticos. Los datos se derivan, ante todo, de la investigación etnográfica de campo realizada entre mediados de la década de 1980 y finales de la de 1990, y de la actualización de acontecimientos recientes sobre la base de las visitas de campo realizadas en el siglo XXI.

THE POLITICAL ECOLOGY OF CULTURAL CONFLICT: INDIGENOUS COMMUNITIES,
AGRICULTURE AND HYDROELECTRIC ENERGY IN BUENOS AIRES, COSTA RICA

Abstract

This article is concerned with dynamics of “political ecology,” the struggle over power as this relates to ecological conditions in overlapping socio-cultural settings. The lives and livelihoods of people in the *cantón* of Buenos Aires, Costa Rica provide the empirical substance for this discussion. Our analysis focuses on the Native American communities

* Robert M. Carmack (estadounidense) es doctor en antropología por la University of California en Los Ángeles. Actualmente es profesor emérito de la University at Albany, State University of New York. Ha realizado extensas investigaciones etnográficas en Guatemala, Nicaragua y Costa Rica. En el campo de la etnohistoria, ha investigado en América Central y en los principales centros archivísticos de Estados Unidos, España y Francia. Su

living in or near the indigenous reserves whose people are among the most politically and economically marginalized sectors in Buenos Aires. The case discussed here is particularly apposite, as Costa Rica has demonstrated a long-term interest in improving the ecological conditions of its people. Furthermore, the township of Buenos Aires, and the hydroelectric dam being constructed there, are generally representative of the politico-ecological problems faced by rural communities throughout the developing world. Everyday struggles of smallholder farmers in the *cantón*, including Térraba and Curré, and their mounting resistance to hydroelectric dam development, offer case studies for interpreting complex material and social transformations. The juxtaposition of individual family and community captures important distinctions in scale and social context within which strategizing and coping with environmental and political dilemmas ultimately play out. Data derive primarily from ethnographic field research conducted in the mid-1980s to late 1990s, and updating on recent events based on field visits in the 21st century.

Al igual que muchos antropólogos culturales, nuestra atención se ha centrado en una comunidad en particular, la de Buenos Aires, un cantón grande aunque relativamente desconocido de Costa Rica. En concordancia con las tendencias de nuestra disciplina, también nos hemos interesado en contextos más amplios de carácter regional, nacional e internacional que influyen en las culturas de Buenos Aires. Nos referimos a la orientación del problema de nuestra investigación como “ecología política”, con lo cual queremos decir el estudio de las luchas de poder relacionadas con las condiciones ecológicas en entornos socioculturales superpuestos.¹

principal enfoque de investigación es la política en América Central. Es editor del libro *Soplos de Viento en Buenos Aires* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1994). Su dirección de correo electrónico es rcarmack@albany.edu.

Robert Jarvenpa (estadounidense) es doctor en antropología por la University of Minnesota. Actualmente se desempeña como profesor de antropología en la University at Albany, State University of New York. Ha realizado investigaciones etnográficas en Costa Rica, Canadá, Finlandia, Alaska y Rusia. Además, ha publicado extensamente sobre ecología y cultura, sistemas de subsistencia, cambio social, relaciones interétnicas y dinámica de género. En conjunto con Robert Carmack ha escrito y editado un volumen especial intitolado “Political Economy and Ecology of Costa Rica: The Buenos Aires Case”, en *Vínculos* 23: 1–2 (1998). En fecha reciente escribió y editó, junto con Hetty Jo Brumbach, *Circumpolar Lives and Livelihood: A Comparative Ethnoarchaeology of Gender and Subsistence* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2006). Su dirección de correo electrónico es jarvenpa@cas.albany.edu. Traducción de Margarita Cruz.

¹ El término “ecología política” ha adquirido varios significados afines, como están expresados en las ideas de Daniel Bates, *Human Adaptive Strategies: Ecology, Culture and Politics* (Boston: Allyn y Bacon, 2005); Peter J. Brosius, “Analyses and Interventions: Anthropological Engagements with Environmentalism”, en *Current Anthropology* 40 (junio de 1999), págs. 277–309; Arturo Escobar, “Steps to an Antiessentialist Political Ecology”, en *Current*

La perspectiva teórica que hemos adoptado es ecléctica, de conformidad con las principales tendencias de nuestra disciplina, en particular tal como están expresadas en un marco “ecológico procesal”.² Este marco general se deriva de una compleja tradición teórica en la antropología social que reconoce la poderosa influencia constrictiva de factores materiales como las condiciones ecológicas locales, por un lado, y su interacción dinámica con las expresiones culturales, por el otro. El poder, tanto en su forma material como cultural, es y ha sido históricamente una fuerza mediadora fundamental entre estos dos factores (material y cultural). Esta manera de ver la “acción social” a cualquier nivel—internacional, nacional, regional y local— contribuye a evitar puntos de vista demasiado materialistas o idealistas para interpretar los acontecimientos sociales. La incorporación del poder a este dinámico marco ecológico garantiza que se pondrá mayor énfasis en la acción que en la estructura; de ahí que el enfoque sea necesariamente histórico. Sin embargo, a efectos del análisis que sigue, la teoría en sí se mantendrá en un segundo plano. No obstante, se tomarán en cuenta factores materiales, culturales y políticos que son fundamentales por su

Anthropology 40 (febrero de 1999), págs. 1–30; James B. Greenberg y Thomas K. Park, “Political Ecology”, en *Journal of Political Ecology* 1 (1994), págs. 1–11; Meredith Turshen, *The Political Ecology of Disease in Tanzania* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1984); y Eric R. Wolf, “Ownership and Political Ecology”, en *Anthropological Quarterly* 45 (1972), págs. 201–205. Algunas aplicaciones específicas de marcos de ecología política a contextos latinoamericanos o centroamericanos aparecen en Thomas E. Sheridan, *Where the Dove Calls: The Political Ecology of a Peasant Corporate Community in Northwestern Mexico* (Tucson: The University of Arizona Press, 1988); Susan Stonich, *I Am Destroying the Land: The Political Ecology of Poverty and Environmental Destruction in Honduras* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1993); Lori Ann Thrupp, “Environmental Initiatives in Costa Rica: A Political Ecology Approach”, en *Society and Natural Resources* 3 (1990), págs. 243–256; Karl S. Zimmerer, “Wetland Production and Smallholder Persistence: Agricultural Change in a Highland Peruvian Region”, en *Annals of the Association of American Geographers* 81 (1991), págs. 443–463; y Karl S. Zimmerer y Thomas J. Bassett, editores, *Political Ecology: An Integrative Approach to Geography and Environment-Development Studies* (New York: Guilford Publications, 2003).

² En este texto no se puede hacer referencia de forma adecuada a la afirmación anterior sobre teoría general en antropología social por la extensa bibliografía en la que se basa. Las siguientes citas son simplemente sugerencias de algunos escritos teóricos de carácter general sobre esta disciplina: Marvin Harris, *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture* (New York: Random House, 1979); Sherry B. Ortner, “Theory in Anthropology Since the Sixties”, en *Comparative Studies in Society and History* 26 (1984), págs. 126–166; Sherry B. Ortner et al., *Culture/Power/History: A Reader in Contemporary Social Theory* (New Jersey: Princeton University Press, 1994); Fuyuki Kurasawa, *The Ethnological Imagination: A Cross-Cultural Critique of Modernity* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004); y Benjamin S. Orlove, “Ecological Anthropology”, en *Annual Review of Anthropology* 9 (1980), págs. 235–273.

relación con la dinámica de la ecología política y porque la explican en el contexto contemporáneo de Buenos Aires.

Para lograr esta meta es útil examinar los contextos superpuestos en los que se desarrolla la ecología política de Buenos Aires; en este caso, las luchas cotidianas de una familia de pequeños agricultores en la comunidad rural de Terraba y la creciente resistencia de la comunidad indígena de Curré al proyecto de la represa hidroeléctrica. Los niveles de respuesta individual y familiar constituyen una realidad importante, que puede incluso ser provechoso examinar en conjunto para obtener una comprensión integral de la dinámica de la ecología política. Más allá del cantón propiamente dicho hay importantes conflictos de poder relacionados con los cambios en las condiciones ecológicas y sociales del Estado-nación de Costa Rica. Éstas se articulan, a su vez, con fuerzas internacionales que determinan los modos y medios de vida de la población de Buenos Aires.

EL CASO DE COSTA RICA

Costa Rica ha sido considerada por estudiosos y organizaciones internacionales como uno de los gobiernos más democráticos, la sociedad más igualitaria y con las políticas ambientales y de conservación más progresistas de América Central. Aunque en la actualidad el país enfrente serios problemas ecológicos, similares a los de otros países centroamericanos, sigue estando a la cabeza de la región en muchos índices relacionados con la conservación sostenible del medio ambiente.³

Aun cuando los estudiosos discutan la validez de las estadísticas internacionales y nacionales, hay pruebas de que los problemas ambientales de Costa Rica son menos graves que en el resto de la región.⁴ El consumo de energía per cápita del país sigue siendo relativamente bajo; depende sobre todo de energía hidroeléctrica y también ocupa un lugar único por ser el primer país de la región en establecer una planta eólica. Además ha reducido la contaminación del aire urbano al eliminar la gasolina con plomo y exigir convertidores catalíticos en todos los automóviles. En el último Índice de Desempeño Ambiental, Costa

³ Para una historia de la conservación del medio ambiente en Costa Rica, véase Sterling Evans, *The Green Republic: A Conservation History of Costa Rica* (Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1999).

⁴ Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Índice de Desarrollo Humano. "The State of the Region", en *Human Development Reports* (2006); y PNUD, Instituto Nacional de Estadística y Censos, *IX Censo Nacional de Población* (San José, Costa Rica, 2002).

Rica ocupa el quinto lugar entre más de cien países en lo que se refiere al desempeño ambiental y otras medidas de conservación.⁵

Desde hace mucho tiempo, Costa Rica ha venido destacando la importancia del desarrollo económico y del papel que ha desempeñado en su historia una economía basada en la agroexportación, en particular desde la así llamada “Revolución” de 1948. Hoy día, Costa Rica sobrepasa, y con mucho, a los otros países centroamericanos en prácticamente todos los índices de desarrollo.⁶ Un indicio reciente del compromiso que tiene el país con el “desarrollo” es su anuencia a participar en el Plan Puebla-Panamá (PPP) con el objeto de “promover la integración regional y el desarrollo de México, América Central y Colombia”.⁷ El plan ha sido criticado tanto dentro como fuera de Costa Rica por “neoliberal” y, por consiguiente, más orientado a beneficiar a los principales poderes económicos que a países participantes como Costa Rica. Como ejemplifica la comunidad de Buenos Aires más adelante, la prioridad del PPP en Costa Rica ha sido construir represas hidroeléctricas que suministren electricidad a México y la región centroamericana.

Una de las consecuencias negativas de que el progreso en Costa Rica se basara en el “desarrollo” es que, entre 1940 y la década de 1990, la deforestación que sufrió el país fue devastadora. La superficie de cubierta forestal se redujo de un 85% a un 50%, debido en gran parte al desbroce de la tierra para la producción de café, banano y ganado. En los años siguientes, el gobierno y las instituciones civiles de Costa Rica adoptaron un ambicioso programa de conservación, diseñado para proteger su prodigiosa diversidad biológica y numerosos bosques. En el siglo XXI, las tasas de deforestación anual se han reducido a un 0.1% y el total de áreas forestales se ha estabilizado entre un 45% y 50% del territorio nacional.⁸

En los últimos años, la política agrícola de Costa Rica ha apoyado la sustitución de cultivos de exportación por la producción de granos básicos (maíz, frijol, arroz); intensificado el cultivo de productos de exportación no tradicionales como carne de res, flores y frutas tropicales, y adoptado las medidas de ajuste

⁵ Centro de Investigaciones Económicas y Políticas de Acción Comunitaria (CIEPAC), Plan Puebla-Panamá, <http://ciepac.org>, consultado en 2008.

⁶ Rhett A. Butler, “Costa Rica Environmental Profile”, en *Mongabay.com*, 1999–2008. <http://rainforests.mongabay.com/20costarica.htm>, consultado en 2008.

⁷ Véase, por ejemplo, Sheldon Annis *et al.*, *Poverty, Natural Resources and Public Policy in Central America*, Overseas Development Council (New Brunswick: Transaction Publishers, 1992), pág. 13.

⁸ Véanse Evans *The Green Republic*; y Butler, “Costa Rica Environmental Profile”, pág. 3.

estructural impuestas externamente a su economía (promovidas por organismos como el FMI y USAID). Estas tres acciones han tenido el efecto de debilitar la posición del campesinado en las zonas rurales, disminuir la producción de alimentos para el consumo local y exacerbar la degradación del medio ambiente.

La expansión de la producción ganadera fue particularmente dañina para los bosques y suelos de Costa Rica, además de que absorbió más de un tercio del crédito disponible para la agricultura y monopolizó la mitad de todas las tierras agrícolas disponibles.⁹ Sin embargo, Estados Unidos redujo hace poco gran parte de sus importaciones de carne de res de Costa Rica y la ganadería ha perdido importancia. No obstante, millones de hectáreas de tierra desbrozada para la ganadería permanecen degradadas.¹⁰

Aunque una explicación plena de la situación ecológica actual de Costa Rica trasciende el alcance de este trabajo, algunos de los principales problemas que siguen existiendo son el agotamiento del suelo y los recursos no renovables, la contaminación y la destrucción de la biodiversidad.¹¹ A pesar de las recientes medidas de conservación, la deforestación anterior provocó una masiva erosión de los suelos, la alteración de los ciclos hidrológicos y la extinción de especies vegetales, entre otros impactos. La contaminación se ha derivado de los ríos y suministros de agua que acarrear una creciente carga de materia fecal, basura doméstica e industrial, y agroquímicos. Las superficies de tierra y los suelos sufren la contaminación causada por insecticidas, herbicidas y otros químicos tóxicos que se usan en la agricultura. Se considera que la contaminación de los suministros de alimentos ha contribuido a los altos índices de cáncer gástrico en Costa Rica, uno de los más altos per cápita del mundo. Si bien Costa Rica mantiene el 4% de las especies del planeta en tan sólo 0.04% de la superficie de tierra del mundo, muchas están siendo destruidas. Las transnacionales pesqueras, por ejemplo, son responsables de la destrucción masiva de la población de delfines y atún en las aguas oceánicas que rodean Costa Rica. Asimismo, las empresas transnacionales agotan los recursos que explotan como el carbón, el petróleo, los árboles maderables de especies raras y lento crecimiento, y los nutrientes del suelo.

A pesar de sus numerosos problemas ecológicos, Costa Rica sigue siendo el país centroamericano más dispuesto a preservar su medio ambiente natural y promover la producción sostenible en América Central. Desde 1948, la asam-

⁹ Energy Information Administration (EIA), Central America: Environmental Issues, www.eia.doe.gov, 2002; y Oscar Fallas, *Modelos de desarrollo y crisis ambiental en Costa Rica* (San José, Costa Rica: Asociación Ecologista Costarricense, 1993).

¹⁰ Véase, por ejemplo, PNUD, "The State of the Region".

¹¹ Índice de Desempeño Ambiental, Environmental Performance Index, Country Scores (2008), <http://epi.yale.edu/>, consultado en 2008.

blea legislativa de Costa Rica ha promulgado una serie de leyes para proteger el medio ambiente y sus recursos. Aun cuando todavía hay vacíos considerables en este aspecto, durante los últimos 45 años el gobierno ha auspiciado programas orientados a la conservación, sobre todo a través de la Dirección General Forestal, el Ministerio de Agricultura y Ganadería y el Ministerio de Planificación Nacional, que en 1986 culminaron con la creación del Ministerio de Recursos Naturales, Energía y Minas (MIRENEM).¹²

Quizá las numerosas luchas de los grupos conservacionistas, ambientalistas y populares para resistir las amenazas al medio ambiente de Costa Rica sean más importantes que las medidas gubernamentales. Los logros de estos grupos son impresionantes: durante los últimos 20 años, impidieron que la empresa ALCOA explotara las reservas de bauxita del país; evitaron la construcción de un casino de capital extranjero en la reserva biológica de la isla de Cano y de un oleoducto entre el océano Pacífico y el Atlántico con posibles efectos perjudiciales, además de frenar la exterminación de las tortugas verdes a lo largo de la costa Caribe. Asimismo, impidieron el uso de un gran vertedero de basura insalubre, adyacente a la capital del país, y la contaminación acústica y atmosférica causada por una fábrica de metal en los suburbios de la capital, entre muchas otras acciones. En fecha más reciente, las presiones de grupos de activistas ambientales condujeron a la creación de un plan para establecer garantías ambientales en la Constitución Política de la República.¹³

En el ámbito cultural, Costa Rica es similar a los otros países centroamericanos (y en términos más generales a los de América Latina). Los ciudadanos cultos y los estudiosos se refieren a esta cultura nacional mayoritaria como “hispanoamericana”, con raíces en el pasado colonial español que se manifiesta en la presunta herencia europea “blanca” de la población y en la aceptación generalizada de la religión católica, el idioma español y otras instituciones.¹⁴ No obs-

¹² Véase Evans, *The Green Republic*.

¹³ “Ecología Legal: Ley en Mano Para No Sufrir las Consecuencias”, *La Nación* (San José, Costa Rica, 1 de octubre de 2002), http://www.nacion.com/ln_ee/2002/octubre/02/opinion1.html (20 de marzo de 2009), consultado en 2008.

¹⁴ Véanse John A. Booth, Christine J. Wade y Thomas W. Walker, *Understanding Central America: Global Forces, Rebellion and Change* (Boulder, Colorado: Westview Press, 2005); Richard Biesanz *et al.*, *The Costa Ricans* (Prospect Heights, Illinois: Waveland Press, 1982); Rodolfo Cerdas, “Costa Rica: problemas actuales de una revolución democrática”, en Chester Zelaya, editor, *Democracia en Costa Rica* (San José: EUNED, 1972), págs. 135–165; Marc Edelman y Joanne Kenen, editores, *The Costa Rica Reader* (New York: Grove Weidenfeld, 1989); Carolyn Hall, *Costa Rica: A Geographical Interpretation in Historical Perspective* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1985); y Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores: la crisis del poder en la Costa Rica contemporánea* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1975).

tante, la insistencia costarricense en la importancia de una herencia cultural más europea “blanca” que indígena es relativamente única en comparación con los otros países centroamericanos.¹⁵

Algunos estudiosos, entre ellos muchos costarricenses, ponen énfasis en el origen de clase media de la cultura nacional y señalan valores como capacidad emprendedora, individualismo, políticas democráticas, voluntad de compromiso y una ética de trabajo y ahorro. Respecto a las diferencias internas, vale la pena mencionar que, a pesar de las claras divisiones que imperan entre los distintos grupos étnicos (en particular entre el grupo dominante de blancos y la población negra, indígena, oriental, del Oriente Medio y, en los últimos años, nicaragüense), todos tienden a identificarse con la cultura nacional y, por lo general, no han tratado de lograr una autonomía étnica. La excepción a esta generalización es el reciente movimiento de indígenas chibchas de Costa Rica para obtener la autonomía política y cultural (véase el Caso 2 más adelante).

Las divisiones de clase se amplían en Costa Rica, sobre todo entre el campesinado rural y el proletariado, por un lado, y las capas urbanas medias y altas, por el otro. Por ejemplo, mientras el 10% del estrato más alto posee casi el 30% de la riqueza nacional, el 40% de los costarricenses pobres sólo tiene acceso al 15% de ella.¹⁶ Las diversas clases comparten muchos valores básicos, pero las clases media y alta son en esencia las que expresan la mayoría de ideas y opiniones relacionadas con los aspectos ambientales. Por ejemplo, la mayor parte de los defensores de la ecología o conservacionistas, tanto dentro como fuera del gobierno costarricense, provienen de la clase media y son responsables casi exclusivamente de la imagen favorable que tiene el país en este aspecto. La clase capitalista, por el contrario, apoya con firmeza un modelo de desarrollo basado en la exportación y está menos comprometida con aspectos ecológicos. Las luchas culturales por los recursos y el medio ambiente en Costa Rica, más que en cualquier otro país centroamericano, se deben a diferencias de clase y no a cuestiones étnicas y raciales.

Como indica lo anterior, Costa Rica es un entorno ideal para la investigación etnográfica de los procesos sociales de afrontamiento, gestión y búsqueda de soluciones a problemas ecológicos urgentes. Los siguientes estudios de caso sobre Buenos Aires no pueden, como es lógico, revelar todos los contornos de la ecología política en Costa Rica, pero sí muestran de una manera muy concreta algunos de los problemas críticos que siguen plagando este país centroamericano.

¹⁵ Para una comparación de identidades étnicas en América Central, véase Darío A. Euraque, Jeffrey L. Gould y Charles Hale, editores, *Memorias del mestizaje: cultura política en Centroamérica de 1920 al presente* (La Antigua Guatemala: CIRMA, 2005).

¹⁶ Véase PNUD, “The State of the Region”.

no en vías de desarrollo donde hay una prosperidad relativa. Hemos centrado nuestra atención en la ecología política del cantón de Buenos Aires, inspirados en parte por los retos ambientales que enfrenta y en vista de la admirable trayectoria del país en sus intentos por solucionar algunos inquietantes aspectos relacionados con el medio ambiente.

El cantón de Buenos Aires es un microcosmos que refleja razonablemente la situación socioecológica de Costa Rica en general (Figura 1 y Cuadro 1).¹⁷

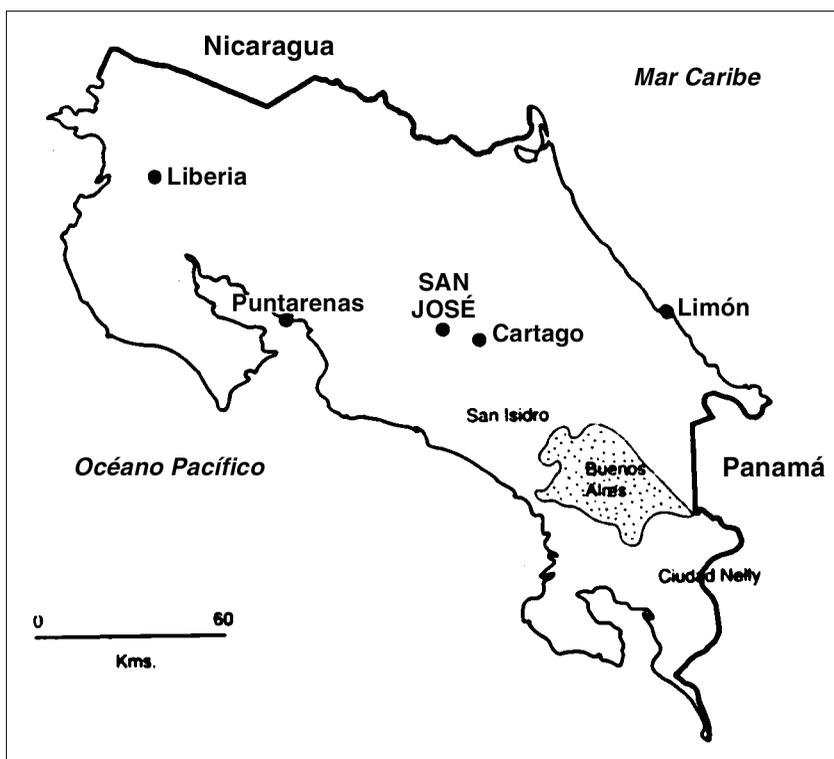


Figura 1

El entorno local de Buenos Aires en Costa Rica

© R. Carmack

¹⁷ El relato que sigue se basa ante todo en información etnográfica obtenida por los autores entre 1986 y 2008. Durante estos años de investigación se entrevistó a cientos de bonaerenses de todas las condiciones sociales, tanto del centro urbano como de las zonas rurales. Los nombres de los entrevistados se mantuvieron anónimos, salvo muy pocas excepciones. Por supuesto que se obtuvo información adicional a través de la observación y participación en la vida de los bonaerenses.

INDICADORES	2000
Población total	40,139
Población urbana	10,266
Densidad de población (Km ²)	17
Número de indígenas	11,260
Indígenas como porcentaje de población	29
Tasa de nacimientos (por cada 1,000)	31
Tasa de mortalidad (por cada 1,000)	2
Tasa de mortalidad infantil	16
Tasa de crecimiento demográfico (%/año)	3.0 (1980–1995)
Alfabetizados (% de población)	89
Económicamente activa:	
Agricultura (%)	82
Manufactura (%)	6
Servicios (%)	10
Cantidad de ganado	alrededor de 55,000
Tierras en bosque (%)	30
Tierras para pastoreo (%)	55

Cuadro 1

Índices sociales y culturales del cantón de Buenos Aires

Fuente: *Censo Nacional de Costa Rica, 2000*

Buenos Aires tiene una población aproximada de 40,000 habitantes que ocupa el sector sur del Valle del General en la zona costera del Pacífico Sur. La base de la economía es la agricultura; más del 80% de su población económicamente activa se dedica al trabajo agrícola. Un amplio sector está integrado por trabajadores y gerentes de la mayor plantación de piña fresca del mundo, Piñas de Costa Rica, conocida en la zona como PINDECO o sea Pineapple Development Corporation. Esta empresa subsidiaria de Del Monte (en la actualidad bajo control chileno, después de años de estar en manos de propietarios estadounidenses y mexicanos), cultiva más de 3,000 hectáreas que abarcan gran parte de las tierras bajas en el centro del cantón (Figura 2). Este complejo agroindustrial emplea a unos 1,500 trabajadores (la cifra varía según la estación), cuya mayoría es de origen campesino de las zonas rurales más cercanas del interior. La mayor parte de los gerentes de PINDECO son costarricenses de la capital.

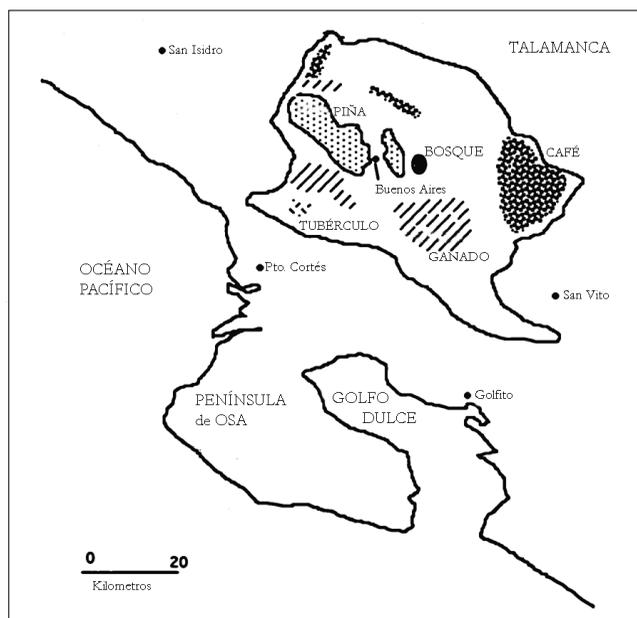


Figura 2

Principales zonas de producción agrícola en el cantón de Buenos Aires

© R. Carmack

Otro componente importante del sector agrario está compuesto de cientos de ganaderos, cuya mayoría tiene fincas de tamaño mediano, con un promedio de 50 cabezas de ganado en cada una. Sin embargo, el cantón también tiene alrededor de una docena de grandes fincas ganaderas, cada una con más de 1,000 cabezas de ganado. Tanto los ganaderos grandes como medianos exportan carne de res a través del moderno matadero y centro de transporte de Alajuela, cerca de San José, la ciudad capital. Los ganaderos medianos son de origen costarricense y chiricano, mientras que sus trabajadores tienden a ser de sectores rurales indígenas y chiricanos.

Un tercer sector agrícola de importancia en Buenos Aires consta de miles de familias campesinas dedicadas a la agricultura, entre las cuales muchas son indígenas y pertenecen a la familia lingüística chibcha. Los campesinos subsisten cada vez más precariamente de las erosionadas laderas y parches de selva tropical en la cordillera de Talamanca y la fila Costeña. Entre ellos, muchos también trabajan como peones o jornaleros para otros agricultores o como trabajadores migratorios en las fincas de café de cantones vecinos; sin embargo, han venido perdiendo el control de sus pequeñas propiedades y convirtiéndose en semiproletarios sin tierra.

La degradación del medio ambiente local se ha convertido en una de las causas principales de cambio social y conflicto en Buenos Aires. La superficie forestal del cantón se ha reducido desde 70% a un 30% en los últimos 50 años. La producción de granos básicos (maíz, arroz y frijol) ha decaído vertiginosamente, mientras que la ganadería, el cultivo de cítricos y la producción de café se han extendido hasta el punto de llegar a monopolizar la mayor parte de la tierra cultivable disponible. Las manadas de ganado aumentaron de 8,000 cabezas en 1950 a más de 60,000 en los últimos tiempos (aunque las cifras han decrecido en años recientes). La mayoría de las tierras de pastura ya no son adecuadas para la agricultura, por eso es probable que la sustitución de cultivos específicos por la ganadería sea permanente.

La plantación de piña de Del Monte (a la que en lo sucesivo se hará referencia como PINDECO) adquirió las tierras de producción agrícolas y pastoreo de propietarios locales. Introdujo, asimismo, pesticidas, herbicidas y fungicidas tóxicos a fin de mantener altos niveles de producción de piña, y estos agroquímicos se convirtieron en una amenaza constante para el suministro de agua y aire en las zonas adyacentes a los camellones de piña. Además, la materia vegetal que se descompone después de cada período de cosecha crea un caldo de cultivo para las nubes de moscas de establo que aquejan al ganado y a los seres humanos.

Cabe reconocer el mérito de la empresa al introducir nuevos métodos para eliminar los problemas causados por las moscas. A principios de 1998, PINDECO tomó medidas decisivas para mejorar la manera de enfrentar otras amenazas contra el medio ambiente con la adopción de un régimen ecológicamente sólido, que mereció incluso la certificación ISO 1400 de una agencia internacional de vigilancia ambiental. A esta constancia de calidad otorgada por Bureau Veritas Quality International se han sumado otros reconocimientos otorgados por organizaciones no gubernamentales (ONG) que operan en nombre de firmas europeas compradoras de un importante porcentaje de piñas PINDECO. Hasta los críticos más severos de la empresa han debido reconocer que PINDECO se ha esforzado en cumplir con las exigentes normas de sostenibilidad ecológica establecidas en Costa Rica.

Desde una perspectiva nacional, Buenos Aires tiene una cultura pluralista. No obstante, las identidades culturales del cantón son relativamente débiles y los bonaerenses (población de Buenos Aires) no tienen una historia de luchas y logros compartidos que pueda unirlos en una causa y sentido de honor comunes. Antes de 1870, ésta era una aislada zona de refugio indígena, pero en las décadas siguientes una oleada de colonizadores del Valle Central y Panamá entró en la zona para explotar su potencial agrícola y ganadero. En 1940, se reconoció oficialmente a Buenos Aires como cantón y la mayoría de sus habitantes participó en la denominada “revolución” costarricense de 1948 del lado de la

oligarquía (por ejemplo, los bonaerenses en general estaban a favor de los partidarios conservadores del ex presidente Rafael Ángel Calderón Guardia). A partir de 1950 hubo una rápida expansión de modernas urbanizaciones en Buenos Aires, con la inauguración de la carretera Panamericana (1963) y la creación de PINDECO (1979). Éstos y muchos otros acontecimientos históricos dejaron un legado de ambivalencia entre la mayoría de la población de Buenos Aires en lo que se refiere al valor de lo moderno en oposición a los valores y objetivos tradicionales.

El énfasis que pone Costa Rica en el origen étnico más que en la raza, como es típico de América Latina, tiene otro matiz cuando se ve desde la perspectiva de Buenos Aires.¹⁸ La división sociocultural entre quienes se conocen como blancos e indígenas es la que causa mayor perturbación en el cantón. La mayoría de blancos, en especial los residentes de vieja data, considera que la amplia minoría de indígenas (alrededor de 12,000 personas) está integrada por haraganes y que son atrasados, hostiles e inferiores. Se suele culparlos por la falta de progreso en Buenos Aires en comparación con los cantones vecinos. Es común observar actitudes igualmente duras con respecto a otros grupos de origen mixto indígena y blanco que viven en la periferia de las reservas indígenas.

Aunque hasta hace poco los indígenas tendían a aceptar la superioridad de los blancos en materia de economía y política, también los consideraban deficientes moralmente, pues eran crueles, explotadores, injustos y, ante todo, egoístas. No obstante, muchos indígenas han asimilado el menosprecio de los blancos hacia las culturas indígenas y tratan de hacerse pasar por blancos a través de matrimonios mixtos, educación y colaboración política con la mayoría. Estas tendencias abiertamente racistas persisten en esta comunidad costarricense relativamente remota, aunque algunas actitudes han empezado por fin a cambiar según la población indígena va adquiriendo mayor educación y se organiza para defender sus derechos (véase más adelante el estudio de caso sobre el conflicto por la represa hidroeléctrica).

Otras importantes divisiones culturales corresponden a la separación entre los habitantes que viven en el centro urbano y los que viven en el interior, las familias costarricenses que emigraron a la zona desde la meseta central y las familias chiricanas originarias de Panamá, los socialdemócratas de clase media y los demócratacristianos de clase más baja (y en fecha más reciente el Partido de Acción Ciudadana [PAC]) y, por último, entre católicos y evangélicos. Estas divisiones no tienen mayor relación con distinciones raciales, aunque bajo la

¹⁸ Este relato sobre racismo puede parecer demasiado duro y contradictorio con las descripciones raciales y étnicas de América Latina en general. Aunque sea cierto, en el ámbito local se mezcla en muchos casos la identidad étnica con el racismo en toda América Latina, al igual que como se describe en Buenos Aires.

superficie los chiricanos son objeto de cierto grado de discriminación por ser de piel más oscura y de origen panameño.

La cultura capitalista moderna que introdujo PINDECO es asimismo un acontecimiento reciente de cierta importancia cultural. Los trabajadores a tiempo completo, en especial los que ocupan cargos administrativos más altos, adquieren una posición especial en el cantón que se refleja en sus elegantes viviendas y su segregación residencial dentro de un complejo cercado. La cultura de plantación que introdujo PINDECO en el cantón se caracteriza por ideas comunes al mundo capitalista moderno; es decir, promueve la adhesión a sistemas de autoridad rigurosamente estructurados, las formas de trabajo muy especializadas y eficientes, la aplicación de adelantos científicos y tecnológicos, la remuneración basada por completo en salarios monetarios, la preferencia por obtener ganancias en vez de contribuir al bienestar social y por lo material más que por lo espiritual.

Estos ideales capitalistas modernos son extraños para muchos bonaerenses y la plantación no ha logrado inculcarlos en su mano de obra. Las entrevistas con los comerciantes locales indican que admiran la eficiencia de la cultura “extranjera”, pero prefieren llevar a cabo sus actividades comerciales a la manera costarricense. Por ejemplo, muchos comerciantes se resisten a competir entre sí en tamaño o rentabilidad.

Aunque el desarrollo general de las ideas culturales acerca de la ecología local sigue siendo débil en Buenos Aires, éstas han venido surgiendo ante todo en la conciencia de la clase media local y pequeños sectores radicales del campesinado. Se ha desatado una lucha política entre los sectores socioeconómicos más bajos y las clases más pudientes del cantón en lo que respecta a cómo solucionar los problemas ambientales y quién asumirá el costo de estas soluciones. Cada semana se debaten estos temas en las reuniones del consejo municipal cuyos miembros están cada vez más informados de los problemas del medio ambiente y los aspectos sociales pertinentes.¹⁹

Los agentes nacionales que trabajan en Buenos Aires representan las ideas de la clase media del país y exigen una política mucho más firme en pro del medio ambiente que la posición adoptada por los funcionarios locales. La oficina regional del Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG) está a cargo de dar seguimiento periódico a las condiciones de los recursos del cantón y ha evaluado los efectos de los agroquímicos en el suministro de agua, además del tamaño de la población local de moscas. Además, otras agencias nacionales, sobre todo del MIRENEM, atienden problemas como la deforestación, la con-

¹⁹ Para mayor información sobre cambios históricos y cambios en las relaciones de poder en Buenos Aires, véase Robert M. Carmack, “Local Politics of Buenos Aires in the Costa Rican Context”, en *Vinculos* 23 (1998), págs. 27–57.

taminación del agua y el agotamiento de los suelos en el cantón. No obstante, el interés en la situación ecológica del cantón sigue estando fragmentado y entretanto se sigue ignorando en gran medida las causas políticas y culturales de los problemas ambientales.

LA DINÁMICA DE LA ECOLOGÍA POLÍTICA

En esta sección identificamos los principales procesos de ecología política emergentes en Buenos Aires por medio de la presentación de casos etnográficos a dos niveles distintos de la vida social: 1) una pequeña familia campesina de origen mixto blanco e indígena a punto de quedarse sin tierra y en la pobreza, y 2) una comunidad indígena rural que enfrenta la posibilidad de perder sus tierras tradicionales (otros estudios de caso relacionados con los procesos ecológicos en Buenos Aires aparecen en “Political Economy and Ecology in Costa Rica: The Buenos Aires Case”, obra de estos autores, editada en 1998).²⁰ Al analizar estos estudios de caso, nos interesa en particular la dimensión política y cultural de la ecología. Por consiguiente, estamos conscientes de las acciones y discursos sociales a través de los cuales los bonaerenses expresan sus inquietudes y adaptan sus modos y medios de vida a los cambios profundos que afectan el medio ambiente.

El análisis que sigue destaca la dimensión de acción social de la ecología política. Hemos seleccionado estos casos de nuestros documentos y notas de campo porque ilustran muchos de los factores y características que supone la participación de los bonaerenses en los procesos ecológicos locales, nacionales e incluso globales de carácter político (como se menciona más arriba en la introducción). Creemos que tanto los problemas como los matices del comportamiento de la ecología política de Costa Rica están bien ilustrados en estos dos estudios de caso y, en términos más generales, por el cantón de Buenos Aires propiamente.

CASO 1:

CRISIS AGRARIA Y MECANISMOS DE AFRONTAMIENTO ENTRE PEQUEÑOS PROPIETARIOS RURALES

En 1990, Ricardo Chávez Núñez (todos los nombres personales son seudónimos) (edad: poco más de 30 años), su pareja de hecho, María Villanueva

²⁰ Véase Robert M. Carmack y Robert Jarvenpa, editores, “Political Economy and Ecology in Costa Rica: The Buenos Aires Case”, edición especial de *Vínculos* 23 (1998), 188 págs.

Mora (bastante mayor de 20 años), y sus tres hijos pequeños (una niña de ocho años y dos niños de seis y cuatro años) ocupaban una pequeña finca de 3.5 hectáreas cerca del minúsculo caserío de Santa Teresita, en la fila Costeña cubierta por una sabana relativamente árida, de terreno accidentado, en el extremo sur de la reserva indígena de Térraba (Figura 3).²¹ Ricardo, de ascendencia en parte térraba, adquirió la finca y se trasladó con su familia a Santa Teresita a mediados de la década de 1980, después de años de trabajar en las pequeñas fincas de algunos parientes o como obrero de fábricas en San José y servir en la Guardia Civil. Santa Teresita era una comunidad bastante reciente, fundada entre mediados y finales de la década de 1970 como parte del programa de redistribución de tierras del Instituto de Tierras y Colonización (ITCO) que otorgó títulos de propiedad a colonos y minifundistas.²²

El caso de Ricardo es típico de muchos bonaerenses pobres del campo que carecen de tierras o tienen acceso a parcelas muy pequeñas de tierra pobre en las erosionadas y deforestadas laderas de las montañas, en y cerca de las reservas indígenas; que, como se describe en este estudio de caso, no logran pasar de la agricultura de subsistencia en pequeña escala a una agricultura comercial rentable. Por lo general, los gastos rebasan las pequeñas ganancias en efectivo de la venta de granos básicos. Sin embargo, Ricardo quizá sea atípico en cuanto a su personalidad, carisma, curiosidad e interés para ponerse al frente de las acciones de desarrollo de la comunidad y porque cuenta con la confianza de sus vecinos. Su familia se convirtió en uno de los estudios de caso de Robert Jarvenpa después de que un extensionista del MAG estableciera comunicación inicial con ella, ésta aceptara participar en su estudio y le ofreciera dejarlo vivir y trabajar en su casa como trabajador agrícola-antropólogo participante.

²¹ El material de esta sección se deriva de la investigación etnográfica de campo que Robert Jarvenpa realizara en Buenos Aires, en conjunto con las escuelas de campo de etnografía que dirigió para el Department of Anthropology, de la State University of New York at Albany y en colaboración con la Universidad de Costa Rica. La información relacionada con la familia Chávez Núñez se obtuvo ante todo durante las investigaciones de campo sobre adaptaciones agrícolas y cambio social a principios de la década de 1990. Se aplicó una encuesta formal sobre uso de la tierra, fechas y tiempo asignado, actitudes y experiencia histórica a hogares de una gran variedad de orígenes socioeconómicos, geográficos y étnico-culturales en todo el cantón. Un estudio de campo más centrado y participativo implicó vivir y trabajar con familias campesinas, incluyendo la familia Chávez Núñez, por períodos prolongados. El grueso de este trabajo se llevó a cabo entre 1990 y 1994. Parte del trabajo principal de observación y entrevista con la familia Chávez Núñez se realizó en abril de 1990 y noviembre de 1994.

²² Véanse Hall, *Costa Rica*, pág. 210; y Mitchell A. Seligson, *Peasants of Costa Rica and the Development of Agrarian Capitalism* (Madison: The University of Wisconsin Press, 1980), págs. 144–152.



Figura 3

Reservas indígenas y pueblos de los distritos del cantón de Buenos Aires

© R. Carmack

La familia había alquilado una parcela cercana de 3.5 hectáreas para cultivar dos cosechas anuales de maíz, arroz y frijol, a la vez que luchaba por recuperar un área extensa de sus tierras cubiertas de bosque secundario y maleza. Además, Ricardo mantuvo un acuerdo de aparcería con el propietario no residente de otra parcela vecina de 1.5 hectáreas a fin de asegurarse suficientes granos básicos para el consumo del hogar y la venta comercial.

El cultivo de la tierra justo alrededor de la modesta casa de la finca era intensivo y diversificado, con cerca de veinte cultígenos distintos; un mosaico densamente tupido de árboles frutales permanentes y hortalizas muy bien atendidos en una sola hectárea (Figura 4). Casi todos los animales de cría eran pequeños (gallinas y cerdos) y no requerían pastos, pero sí proporcionaban estiércol que enriquecía el suelo. Es más, la finca era similar a la caracterización de las “pequeñas fincas” de Netting como de tipo ecológico global, con una o dos hectáreas en cultivo, economías de escala comprobadas a través del tiempo y

aprovechamiento más flexible de la mano de obra familiar a una escala que permitía poner a punto la microecología de la finca.²³

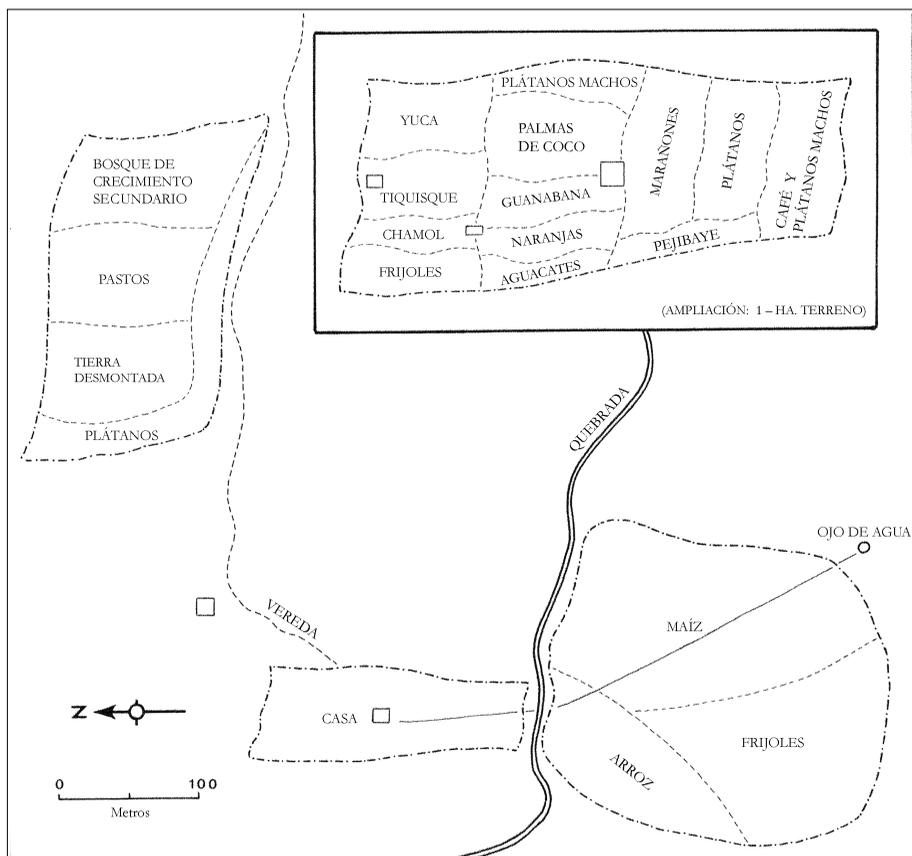


Figura 4

Mapa de minifundios cerca de Santa Teresita (escala aproximada)
basado en datos de informantes

Mapa original por R. Jarvenpa; versión en español por Terance L. Winemiller

²³ Robert McC. Netting, "Smallholders, Householders, Freeholders: Why the Family Farm Works Well Worldwide", en Richard R. Wilk, editor, *The Household Economy: Reconsidering the Domestic Mode of Production* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1989), págs. 221–244. Para mayor información sobre la estratificación socioeconómica y los métodos de cultivo de Buenos Aires, véase Robert Jarvenpa, "Extremes of Scale: Agroecological Variation, Society and Ethos in Buenos Aires, Costa Rica", en *Anthropos* 89 (1994), págs. 493–515.

Ricardo y María veían el futuro con cauto optimismo puesto que la familia y la finca se encontraban en las primeras etapas de sus “ciclos de desarrollo”.²⁴ Por un lado, veían su situación de empobrecimiento (“somos pobres”) en términos financieros ante todo. Su pequeña base de tierra no permitía producir suficiente excedente para el mercado, de manera que los acuerdos de alquiler de tierra y aparcería eran estrategias necesarias para generar un modesto flujo de efectivo destinado a semillas, herbicidas, contratación ocasional de mano de obra, almacenamiento de alimentos básicos, ropa y otros gastos de la casa.

La escasez de capital para mejorar la finca era una fuente recurrente de frustración que agravaba la actitud de cínica amargura de la familia hacia la Iglesia católica, pues veían a los sacerdotes católicos como unos hipócritas que despilfarraban el dinero de los feligreses y se mostraban fundamentalmente desinteresados en el destino de los pobres. Su desafecto se veía equiparado por una creciente simpatía hacia la Iglesia evangélica Asambleas de Dios, aunque no se habían convertido formalmente a esa fe.

Por otro lado, la familia no se sentía marginada ni encerrada en un ciclo sin esperanza de deudas o pobreza. Los progenitores pensaban que habían logrado rescatar a sus hijos y a sí mismos del crimen y la violencia de la ciudad para encontrar la tranquilidad del campo. Preferían pensar que su estilo de vida material era “provisional”. Se esperaba que los niños pequeños, quienes ya realizaban algunas labores menores, contribuyeran más directamente a la prosperidad de la finca cuando llegaran a su mayoría de edad. Además, Ricardo se había venido convirtiendo en un “líder rural” en Santa Teresita, donde promovía proyectos, recopilaba información y facilitaba actividades a través de agencias gubernamentales de carácter nacional como el Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG) y de organizaciones como la Fundación Integral Campesina (FINCA) y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (AID).

A pesar del optimismo con que la familia veía su futuro en Santa Teresita, a principios de 1994 vendió su finca y se trasladó cerca de donde vivían los padres, hermanos y primos de Ricardo, en la comunidad menos remota de Térraba. Éste es el principal centro de población de la reserva del mismo nombre, con varios cientos de residentes y una ruta de transporte rural que la conecta con la carretera Panamericana y el casco urbano de Buenos Aires.

²⁴ En este artículo adoptamos la perspectiva de Bennett y Kanel para estudiar la unidad social de la familia agrícola y la empresa agrícola como parte de distintos ciclos de desarrollo, con diferentes ritmos temporales, que pueden coincidir o entrar en conflicto de maneras complejas. Véase John W. Bennett y Don Kanel, “Agricultural Economics and Economic Anthropology: Confrontation and Accommodation”, en Sutti Ortiz, editor, *Economic Anthropology: Topics and Theories* (Lanham, Maryland: University Press of America, 1983), págs. 201–247, esp. págs. 239–241.

Ya en su nuevo hogar, Ricardo y su familia se encontraron en una red más sólida de familiares de confianza, con quienes podían intercambiar trabajo, servicios y miles de bondades diariamente. Este traslado también significó que la familia pudiera por fin unirse a una congregación de las Asambleas de Dios, en la que María se volvió muy activa. Sin embargo, la familia se había trasladado a un distrito con suelos mucho menos fértiles y, lo que era aún peor, ahora se encontraban en esencia sin ninguna tierra cultivable y en una posición bastante precaria en cuanto a ingresos y alimentación. Aunque habían conservado media hectárea de su finca y establecido algunos acuerdos de aparcería en Santa Teresita para cultivar granos básicos, la estrategia no era muy eficiente porque el viaje de ida y vuelta implicaba caminar 24 kilómetros por senderos montañosos.

La movilidad de la familia también se vio comprometida de otros modos. Ricardo tuvo que vender sus tres caballos después del traslado a Térraba con el fin de obtener capital para gastos del hogar y comprar una vaca lechera, que proporcionó una fuente periódica de alimento pero a expensas del transporte y la tracción. Además, se tenía que mantener la vaca donde un familiar, a un par de kilómetros de la pequeña parcela que uno de los hermanos de Ricardo le había proporcionado a la familia, a orillas de un trecho de selva tropical, sin pasto ni tierra cultivada.

Durante este período de transición, la lucha diaria por encontrar sustento, incluso leña para cocinar, podía ser desalentadora. Los dos hijos mayores (una niña de 12 años y un niño de 10) tuvieron que abandonar la escuela y trabajar a tiempo completo para apoyar a la familia. La pérdida de ingresos al dejar de comercializar maíz y frijoles se vio compensada, en parte, con su salario diario como trabajadores agrícolas durante la cosecha de café en plantaciones recién establecidas en el cantón vecino de Pérez Zeledón, una de las regiones productoras de café de mayor y más rápido crecimiento de Costa Rica. Esta oportunidad salarial surgió sólo en 1994 cuando la finca Santa Fe y otras grandes plantaciones descubrieron una fuente barata de mano de obra entre las familias minifundistas y sin tierra, al igual que entre los adultos jóvenes y mayores subempleados de Buenos Aires.²⁵

Durante los tres meses de cosecha de café (octubre a diciembre), los camiones de las plantaciones van atestados de trabajadores que transportan todos los días a los campos, donde la maduración diferencial del cultivo y la cosecha

²⁵ Véanse Deborah Sick, "Coffee Cooperatives and Small-Farmer Decision-Making: A Case from Costa Rica", en *Sociological Bulletin* 42 (1993), págs. 171-187; y Deborah Sick, *Farmers of the Golden Bean: Costa Rican Households and the Global Coffee Economy* (DeKalb: Northern Illinois University Press, 1999). En alusión directa a Buenos Aires, véase Bradley Tatar, "Coffee Workers of Buenos Aires, Costa Rica: The Daily Grind with the Seven Deaths", en *Vinculos* 23 (1998), págs. 59-78.

diaria son en esencia impredecibles para los cortadores. Ricardo, María y sus tres hijos trabajaban en los campos de café entre 8 y 9 horas diarias, pero el tiempo de transporte convertía la jornada en una agotadora inversión de 12 horas al día. En días favorables, la familia recolectaba hasta 16 cajuelas (1 = unas 33 libras) de granos de café, mientras que en malos días la cosecha podía ser tan sólo de siete. A 200 colones por cajuela, la cosecha de un día promedio, de 10 a 12 cajuelas, producía entre 2,000 y 2,400 colones (o entre unos US \$12.50 y US \$15.00). Sin embargo, nadie podía mantener estas extenuantes jornadas todos los días en vista de las múltiples y encontradas exigencias sobre el tiempo de los miembros de la familia.

El dinero obtenido de la cosecha de café entre octubre y diciembre es un importante complemento de los ingresos del hogar, aunque tiende a impedir que los miembros de la familia realicen prácticamente cualquier otra actividad agrícola o doméstica durante ese intenso período de tres meses. Por fortuna, la época en que realizan este trabajo asalariado no coincide con la temporada de cosecha de los cultivos de granos básicos “propios” de la familia entre agosto y septiembre, ni con la siembra de “postrera” (segunda cosecha) de granos básicos entre septiembre y octubre. En el caso de la familia Chávez Núñez, que había reducido gran parte de las operaciones agrícolas en su pequeña finca a mediados de la década de 1990, los ingresos de la cosecha de café eran vistos como una de las pocas opciones disponibles para generar ingresos modestos en efectivo.

La transformación de minifundistas independientes en semiproletarios rurales es, en este caso, un proceso complejo que afecta a muchas familias campesinas minifundistas tanto indígenas como blancas en Buenos Aires. Las fuerzas del mercado tienen un gran peso en este sentido porque las fincas pequeñas y medianas suelen funcionar con un margen mínimo de utilidades y tienen dificultades para obtener capital que les permita invertir en semillas, fertilizantes, herbicidas, ganado, equipo, instalaciones y reparaciones, además de contratar mano de obra. Por lo general, los bancos y otras entidades crediticias de Costa Rica sólo prestan a las fincas a gran escala, donde hay activos sustanciales para responder en caso de mora.²⁶ Asimismo, las tasas de intereses sobre esos préstamos han llegado a 34%, es decir, sólo al alcance de las grandes fincas y haciendas ganaderas.

²⁶ Una excepción a esta situación es un programa de préstamos para propietarios de pequeñas fincas a través de la Fundación Integral Campesina (FINCA) de carácter privado. A partir de la década de 1980, FINCA ofrece préstamos modestos que oscilan entre US \$60 y US \$140 a bajas tasas de interés. Estas tasas de interés favorables siguen vigentes y el tamaño de los préstamos ha aumentado considerablemente. No obstante, no está claro cuál es la cuantía de los préstamos entre minifundistas ni su eficacia en mantener la actividad agrícola de las familias.

Desde 1989, la familia de Ricardo y María empezó a enfrentar problemas que auguraban lo que ocurriría después en el mercado agrícola. Ese año, una poderosa tormenta tropical destruyó la primera cosecha de frijol en la zona de Santa Teresita y muchos agricultores no pudieron pagar los pequeños préstamos utilizados para financiar sus cultivos. Aunque su propia cosecha sufrió pocos daños, Ricardo ayudó a sus vecinos a ejercer presión sobre el MAG en las oficinas de San José para que les brindaran asistencia. No obstante, la incapacidad de la burocracia de extensión agrícola para brindar ayuda en este caso creó mucho cinismo y amargura en el ámbito local.

Los costos de producción de los granos básicos tradicionales han aumentado notablemente en los últimos años, en tanto que los precios de estos productos se han estancado y se encuentran muy a la zaga de la tasa general de inflación, lo cual refleja un cambio reciente en el mercado agrícola nacional y la situación internacional del comercio. En la década de 1990, Costa Rica había empezado a importar grandes cantidades de alimentos, arroz ante todo, que deprimieron los precios de los granos cultivados localmente.²⁷

El resultado fue que la producción de arroz había desaparecido casi por completo en el cantón de Buenos Aires hacia mediados de la década de 1990, salvo por unas cuantas hectáreas en los alrededores de comunidades como Cacique, Ceibón, Colinas y Curré. Además, la producción de frijol había disminuido un tercio y la de maíz dos tercios desde finales de la década de 1980. A raíz de estas drásticas reducciones, se debe retener fuera del mercado un mayor porcentaje de las cosechas para satisfacer las necesidades del hogar. Numerosos minifundistas se han visto obligados a dejar la agricultura y sus fincas, como en el caso de Ricardo y María, mientras que muchos otros han retrocedido de una producción comercial marginalmente viable a una agricultura orientada a la subsistencia.²⁸

Después de evaluar el estado de la agricultura en la región Brunca, uno de cuyos cantones es Buenos Aires, el MAG describió un panorama sombrío para 1995:

²⁷ Aunque el arroz representaba el 7.7% de toda la producción agrícola de Costa Rica en 1983, en 1992 ésta había caído a 4.5%. A mediados de la década de 1990, se había empezado a importar anualmente al menos 30,000 toneladas métricas de arroz ecuatoriano para satisfacer las necesidades de Costa Rica. Miguel Muñoz N., "¿Por qué no hay arroz en Costa Rica?", en *La Prensa Libre* (20 de mayo de 1994), pág. 4.

²⁸ La productividad medida en toneladas métricas de maíz o frijol por hectárea se ha mantenido sorprendentemente estable en los últimos años. Si bien podría parecer contradictorio con la visión prevaleciente de que el deterioro de los suelos ha provocado la crisis agrícola, también es probable que quienes siguieron dedicados a la agricultura hayan tenido tierras de mejor calidad. Comunicación personal con la oficina local del Consejo Nacional de Producción en Buenos Aires, Costa Rica, 30 de septiembre y 26 de octubre de 1994.

Los productores sufren una crisis económica importante, en especial por el alto costo de la tecnología recomendada, la excesiva centralización de la investigación agrícola y los bajos precios de los cultivos. Los efectos en la región se reflejan en la baja productividad y la falta de integración de la producción regional. La viabilidad de los mercados, los de exportación en particular, se ha reducido a causa de una infraestructura deficiente, restricciones de crédito, altas tasas de interés y préstamos inseguros.²⁹

La reputación e influencia de Ricardo como líder político de base crecía al mismo tiempo que su forma de obtener el sustento a través de la agricultura entraba en un período de profunda incertidumbre. Quizá este proceso no fuera tanto ironía como autopreservación. A raíz de su reciente elección como presidente de la Asociación de Desarrollo de la Reserva de Térraba, Ricardo actuaba de enlace entre la comunidad y casi todos los ministerios de gobierno, agencias, fundaciones privadas y organizaciones no gubernamentales con impacto en la situación económica local.³⁰ Ayudó a que 29 familias pobres, entre las que estaban incluidos sus padres y su propia familia, tuvieran acceso a un programa de viviendas de bajo costo a través del Instituto de Desarrollo Agrario (IDA).

En otro plano, Ricardo se convirtió en promotor activo de la revitalización de la cultura e identidad de los indígenas de Térraba como presidente de la Asociación Educativa de Térraba. Una de las acciones más visibles en este aspecto fue la organización y montaje anual del “Festival Cultural de Térraba” que realza los conocimientos artísticos, tecnológicos y medicinales indígenas en un ambiente de celebración y renacimiento de la comunidad. Ricardo trabajaba muy de cerca con el personal de la escuela primaria y los residentes locales en la organización de un evento que se venía transformando en una compleja ceremonia de dos días.

Entre las cinco sociedades indígenas del cantón de Buenos Aires, quizá el pueblo de Térraba ha sufrido la mayor erosión de las instituciones que han mantenido sus tradiciones culturales, incluyendo la lengua térraba. Puesto que los festivales étnicos pueden verse como una especie de “identidad étnico-política” que atrae a audiencias externas y a las bases internas por igual, no es de extrañar que alguien como Ricardo, una persona comparativamente experimentada, con una identidad un tanto ambigua de ascendencia térraba (indígena)

²⁹ Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG), “Programa de Trabajo 1995”, Dirección Regional Pacífico Sur, San Isidro, Costa Rica.

³⁰ Como mínimo incluyen al MAG, Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, Instituto de Desarrollo Agrario, Dirección Nacional de Desarrollo de la Comunidad, Ministerio de Recursos Naturales, Energía y Minas, KANEBLO, CARE y la Asociación Regional Aborigen del Dikes.

mixta, se convirtiera en portavoz de un movimiento embrionario de este tipo. Es más, su origen mixto, incluyendo su experiencia laboral en San José, puede haberle dado la capacidad, o incluso una capacidad percibida por otros, como mediador entre la comunidad local y agentes e instituciones externos.

Aunque hay grandes extensiones de tierra en manos de finqueros y ganaderos blancos dentro de la reserva de Térraba de 9,350 hectáreas, la hostilidad interétnica parece menos pronunciada aquí que en las inmediaciones de otras comunidades indígenas en Buenos Aires.³¹ Aunque se necesita mayor información en este aspecto, es posible que la larga e intensa historia de contactos entre los indígenas de Térraba y los colonos españoles, la escala relativamente modesta de muchos ganaderos blancos en este cantón, la alta tasa de casamientos entre indígenas y blancos y la reducción concomitante de la separación étnica de los indígenas de Térraba, entre otros factores, hayan logrado atenuar los conflictos en esta zona. No obstante, esta situación podría cambiar en cualquier momento en vista del reciente despliegue ceremonial y el discurso emergente alrededor de la identidad de Térraba.

Es probable que las tensiones ambientales y económicas señaladas anteriormente también refuercen la profundización del faccionalismo comunitario y los conflictos entre indígenas, pues mientras más minifundistas pierdan la capacidad de generar un excedente para vender en el mercado más numerosos serán los que engrosen las filas de los sin tierra. Asimismo, el aumento de la población rural, con el consiguiente impacto en suelos cada vez más deteriorados, intensificará los conflictos por agua y otros recursos esenciales.

Un buen ejemplo fue el conflicto que se desató a mediados de la década de 1990 en la reserva de Térraba cuando el dueño blanco de una finca de 40 hectáreas la vendió a una familia indígena de Térraba que ocupaba un lugar prominente en la Asociación Cultural de Térraba. La venta enfureció a muchos otros residentes de Térraba según los cuales la Asociación de Desarrollo tenía la intención de adquirir esta propiedad, ubicada cerca de un trecho de “pura montaña” (selva tropical virgen) y convertirla en tierras comunales con el objeto de salvaguardar una fuente de agua para la creciente población en los alrededores del pueblo de Térraba. Las tensiones aumentaron cuando varias familias se alinearon con o contra las partes en la transacción y los líderes de las dos asociaciones. La interpretación de Ricardo, como presidente de la Asociación de Desarrollo, fue que la venta de la tierra era ilegal y una afrenta cínica para el bienestar de la comunidad. Al mismo tiempo, se sentía profundamente entristecido por las divisiones que el conflicto había creado.

³¹ Amadeo Meana, “Development and Sustainability in Costa Rica: A View from Buenos Aires”, en *Vinculos* 23 (1998), págs. 135–153.

CASO 2:

EL PROYECTO DE LA REPRESA HIDROELÉCTRICA DE BORUCA
Y LA AMENAZA DE DESPLAZAMIENTO DE LA COMUNIDAD

Ahora nos ocuparemos de un estudio de caso en el que la política y la ecología están relacionadas con un enorme proyecto de construcción de una represa en el cantón de Buenos Aires. Nuestra atención se centra en la comunidad indígena de Curré, la que estaría más afectada por la represa, las acciones políticas que emprendió para oponerse a este proyecto y los argumentos ecológicos que adoptó como parte de esta oposición. En el conflicto también intervinieron otras comunidades indígenas aparte de Curré, al igual que los funcionarios municipales y burócratas gubernamentales que trabajan para el Estado costarricense.

En las décadas de 1970 y 1980, el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) elaboró planes para construir una gigantesca represa hidroeléctrica en el Río Grande de Térraba, que fluye a través de la parte sur del cantón de Buenos Aires. La represa propuesta fue diseñada para suministrar más electricidad que todas las represas en funcionamiento actualmente en Costa Rica y vender el excedente de energía a otros países. Se entendía que muchas comunidades en las tierras bajas de los distritos del sur de Buenos Aires serían inundadas y, por consiguiente, una gran cantidad de bonaerenses tendrían que ser reubicados a tierras más altas. El personal del ICE llevó a cabo estudios detallados de aspectos tecnológicos y ecológicos que planteaba la construcción de la represa, al igual que una investigación sobre sus posibles impactos sociales; sin embargo, el proyecto se pospuso por último debido a los altos costos y múltiples problemas de diversa índole (Figura 5).³²

En 1999, ICE anunció de repente que el proyecto de la represa hidroeléctrica de Boruca se encontraba otra vez en manos de los consejos de planificación, esta vez con financiamiento prometido por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El costo del proyecto era de 1,500 millones de dólares, inundaría 25,000 hectáreas de tierras bajas en los distritos del sur de Buenos Aires y

³² Carmack tuvo acceso a estudios sobre la propuesta anterior del proyecto de la represa hidroeléctrica en las décadas de 1960 y 1970, como lo informaran algunos antropólogos y otros estudiosos. Muchos de estos documentos están ubicados en el archivo del Museo de Etnología de la Universidad de Costa Rica (UCR). Otros archivos de la misma universidad contienen valiosos artículos de periódicos sobre el proyecto original. La información sobre el proyecto hidroeléctrico actual se basa ante todo en entrevistas con residentes de Curré y Boruca, funcionarios municipales de Buenos Aires, documentos suministrados por el ICE, artículos de periódicos y los preparados en UCR y en la Universidad Nacional de Costa Rica.

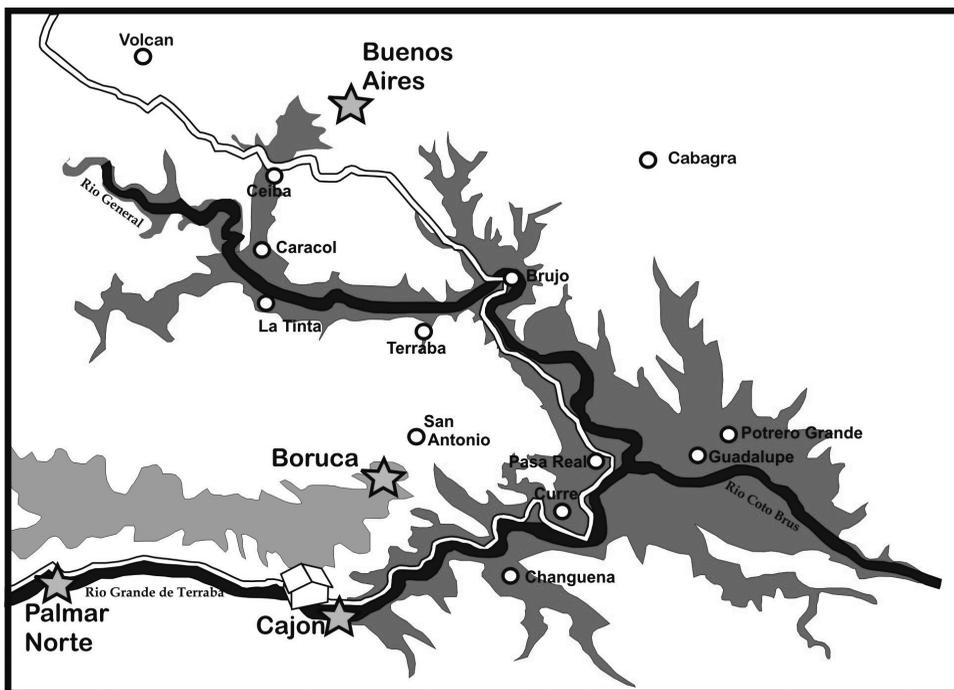


Figura 5

Área de inundación proyectada por el Proyecto Hidroléctrico Boruca en Buenos Aires

El mapa fue modificado por los autores de un mapa que apareció originalmente en el periódico *La Nación* (febrero de 2002)

exigiría la reubicación de unas diez comunidades de la zona. Los sondeos geotécnicos para la represa en el sitio estaban en marcha y varias empresas internacionales de construcción habían expresado interés en participar en el proyecto. Se calculaba que la construcción empezaría en 2003 y que el proyecto estaría terminado en 2010. Según un reportaje publicado en *La Nación* (2002), el principal periódico de Costa Rica: “Aun cuando las comunidades afectadas no se oponen a la construcción de la gran represa hidroeléctrica, condicionan la aprobación del proyecto a la resolución de sus peticiones específicas”.³³ Todo parecía estar en orden para ejecutar con éxito este nuevo y muy interesante proyecto de desarrollo en Buenos Aires.

Nuestras propias entrevistas con las distintas partes y poderes del cantón parecían confirmar las aseveraciones publicadas en el periódico en el sentido de

³³ *La Nación*, “Ecología Legal” (febrero de 2002).

que el proyecto contaba con aceptación general. Según los directivos de PINDECO, sus actividades productivas no se verían afectadas y el proyecto ayudaría a seguir modernizando el cantón. Los diputados al congreso y las autoridades municipales estaban, en general, a favor del proyecto; indicaban que traería más empleo al cantón y que las industrias turísticas acudirían en masa al lago artificial creado por la represa. Los residentes “blancos” de la zona de inundación propuesta veían la oportunidad de vender sus propiedades a precios altos y obtener mejores tierras y viviendas en las zonas de reasentamiento. Esperaban que el proceso de reubicación resolviera su responsabilidad legal en cuanto a las tierras que ocupaban, puesto que muchas de sus propiedades estaban ubicadas en las reservas indígenas y, por consiguiente, eran ilegales.

Aunque al parecer las comunidades indígenas serían las grandes perdedoras, al principio se encontraban muy divididas en cuanto al tema de la represa. Las tierras ocupadas por las reservas de Cabécar, Bribri, Guaymí y Térraba no se verían tan afectadas como otras por la represa y, por lo tanto, sus habitantes se mostraban bastante indiferentes ante este proyecto. La Comisión Nacional de Asuntos Indígenas (CONAI), institución oficial del gobierno, llegó incluso a ejercer presión política (cabildeo) en favor de la represa y anteriormente había ayudado a organizar reuniones entre el ICE y las facciones indígenas que apoyaban el proyecto.

José L. Amador, un antropólogo costarricense en la nómina del ICE, ha documentado con gran detalle el proceso por medio del cual una de las reservas indígenas (Curré) ha venido asumiendo el liderazgo de la resistencia y oposición al proyecto de la represa de Boruca.³⁴ La reserva de Curré (conocida por los indígenas que allí residen como “Yimba Cajc”) consta de varias comunidades pequeñas que se verían negativamente afectadas por el proyecto de la represa. Los curruseños lograron organizar una oposición radical y eficaz al ICE, el Estado costarricense y el proyecto de la represa hidroeléctrica de Boruca en general a través de un complejo proceso de interacción con el ICE y otros grupos indígenas del cantón de Buenos Aires, y luego con grupos nacionales e internacionales de ecologistas, conservacionistas y culturales.

En una fase inicial de resistencia, el gobierno local de Curré (Asociación de Desarrollo Integral) logró eclipsar el poder político de los blancos e indígenas de la reserva que actuaban a favor del proyecto de la represa. Luego, prepararon un argumento cultural muy bien fundamentado en contra de la represa, según el cual la propia existencia de un pueblo indígena dependía de que continuara ocupando las tierras que se tenía previsto inundar.

³⁴ José L. Amador, “Identidad y polarización social en la comunidad indígena de Curré, ante la posible construcción de una represa hidroeléctrica” (Tesis de maestría en antropología social, Universidad de Costa Rica, 2001).



Figura 6

Mural pintado en Curré que simboliza el Grupo de Mujeres con Espíritu de Lucha
Fotografía cortesía de los autores

En una segunda fase, más dinámica, los curruseños crearon una organización de mujeres (Grupo de Mujeres con Espíritu de Lucha) que logró obtener mucho mayor apoyo para Curré de organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales y de otra índole, incluyendo Costarricenses por la Conservación del Medio Ambiente, asociaciones estudiantiles de la Universidad de Costa Rica, grupos conservacionistas de Europa y América del Sur, las Naciones Unidas y algunas estaciones nacionales de televisión (véase Figura 6). Algo de mayor importancia quizá es el que el Grupo de Mujeres obtuvo el apoyo firme de un grupo ecológico local, los “Picudos”, de todas las otras reservas indígenas de Buenos Aires y de la Mesa Nacional Indígena, una organización de indígenas costarricenses importante de Costa Rica.

Estas distintas acciones provocaron un cambio dramático en la relación entre el ICE y Curré. El ICE se vio obligado a tratar directamente con Curré como una comunidad étnica única, respaldada por derechos históricos (contemplados en la Ley Indígena Nacional aprobada en la década de 1970) a sus tierras, propiedades y relaciones con poderes externos, incluyendo el Estado.³⁵

El discurso fundamental de los curruseños en oposición al proyecto de la represa era de orden cultural y ponía énfasis en las pérdidas étnicas y culturales que sufrirían si se inundaban sus tierras. Los arqueólogos del Museo Nacional de Costa Rica demostraron que los indígenas borucas (tanto los pueblos de la reserva de Boruca como de Curré) tienen una historia de más de 3,000 años de ocupación de la zona afectada. Asimismo, los curruseños deificaron y simboliza-

³⁵ Marcos Guevara Berger y Rubén Chacón Castro, *Territorios indios en Costa Rica: orígenes, situación actual y perspectivas* (San José: García Hermanos, S.A., 2002).

ron el Río Térraba y su medio ambiente tropical, ahora en peligro, como el mítico río que navegaban los antepasados en balsas cargadas de productos que intercambiaban en otras partes del istmo. Mostraban petroglifos sagrados con significados ocultos del pasado y alababan el profundo simbolismo de los jícaros, plátanos, cacao y cocos que les proporcionan sustento. Además, aducían la santidad de los huesos de los antepasados, enterrados en numerosos cementerios diseminados por las terrazas fluviales a los dos lados del río, y de los “dueños” de las montañas y del río (en particular Cuasrán, un héroe cultural que resistió la llegada de los primeros europeos hace muchos siglos).³⁶

El antropólogo del ICE señala que el Instituto cambió su manera de relacionarse con los curreseños. Ya no trataba de decirles a los indígenas cuál debía ser su posición con respecto a la represa sino que les consultaba para tomar sus demandas en cuenta.³⁷ Amador aconseja a los directivos del ICE que los curreseños y otros grupos indígenas sólo aceptarían el proyecto de la represa a cambio de su participación como socios del ICE en todas las planificaciones y operaciones y si estaban convencidos de que cualquier plan de reasentamiento propuesto garantizaría su continuación como pueblos indígenas en condiciones ecológicas, económicas y sociales de vida no sólo iguales sino también mejoradas.³⁸

Con el tiempo, la posición de los curreseños ante el proyecto de la represa se fue volviendo cada vez más negativa y radical. El líder más poderoso de Curré, con un lenguaje rara vez escuchado de un indígena en Costa Rica, expresaba que “...no somos guerrillas, pero estamos tratando de [aprender] cómo resistir... La llegada de Cristóbal Colón trajo masacres... y en este momento, 500

³⁶ José R. Rojas González, *Así era Curré: una visión de la comunidad indígena de Curré de principios del siglo XX hasta la década de los años 50* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2006).

³⁷ Véase Amador, “Identidad y polarización social”, págs. 470–484.

³⁸ En colaboración con la comunidad de Curré, Carmack y Jarvenpa, junto con varios de sus colegas de la SUNY Albany y la Universidad de Costa Rica, iniciaron un estudio de los territorios indígenas de Curré/Yimba con la técnica de las cuatro subdisciplinas (2006–2007). Una muestra de 138 hogares de los 255 que se calcula están distribuidos en diez centros de población arrojó información de línea de base sobre biología y salud, ecología política, migración e identidad, bienestar comunitario, uso del idioma y etnoarqueología. A principios de junio de 2008, se presentaron los análisis preliminares de los datos que proporcionó el estudio ante la comunidad. Se espera que este material sea de utilidad para que la comunidad enfrente los cambios resultantes de la represa propuesta y otros acontecimientos económicos en los próximos años. La encuesta ha contribuido a identificar nuevos temas políticos y ecológicos, además de algunos problemas, para realizar una investigación etnográfica más intensiva.

años después, la masacre de Cristóbal Colón está aquí en Rey Curré”.³⁹ El resultado fue que el ICE cedió a las presiones y empezó a planificar un sitio alternativo para la represa ubicado más al norte, que no contemplaría la inundación de las comunidades de Curré. Los curréseños también se oponen en general a esta nueva opción de represa, pues reduce el nivel de agua del río que atraviesa sus comunidades, con un impacto negativo en el transporte fluvial y la pesca.

Hoy día (2009), los curréseños siguen oponiéndose al nuevo sitio propuesto para la represa, aunque parece que la construcción ya está en marcha.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIÓN

Las recientes tensiones y contradicciones que envuelven los modos y medios de vida de los bonaerenses pueden verse como consecuencias e intentos de hacerle frente a las aceleradas tasas de deforestación y deterioro del suelo, la contaminación agroindustrial, una creciente clase de campesinos sin tierra, el surgimiento de una poderosa economía de plantación dominada por la exportación, la proyectada construcción de una gigantesca represa y las incertidumbres del desarrollo futuro. Si bien estas tensiones crecieron con la expansión de la carretera Panamericana y la frontera agrícola de Costa Rica hacia la región costeña del sudeste en la década de 1950, éstas se han intensificado con la economía agroexportadora del país durante los últimos 40 años.

Diversos conflictos culturales fueron surgiendo a medida que se podía depender cada vez menos de los recursos y estrategias agrícolas “tradicionales” para el sustento de los hogares de familias independientes. Las históricas hostilidades interétnicas se vieron exacerbadas cuando ganaderos y finqueros blancos invadieron las reservas indígenas y convirtieron vastas extensiones de una selva tropical diversa biológicamente en tierras de pastoreo ineficientes y frágiles. Las tensiones de clase se intensificaron a medida que fue aumentando la cantidad de pequeños y medianos agricultores obligados a entrar en un ciclo de endeudamiento, excluidos de la producción y reducidos a ser pobres sin tierra. En América Central y muchas otras regiones del mundo se evidencia un vínculo similar entre economías dominadas por la agroexportación, la degradación del medio ambiente y la profundización de la pobreza rural, con los conflictos y crisis sociales que ésta conlleva.

Al igual que cualquier otra comunidad o región específica, Buenos Aires posee una historia cultural única y su propia y peculiar configuración de instituciones sociales que le dan una forma y significado especial a las fuerzas económicas y políticas más amplias que ahora la ponen en peligro. A un nivel que es

³⁹ Amador, “Identidad y polarización social”, pág. 452.

esencialmente cultural, el conflicto entre indígenas y blancos es la división más profunda en la comunidad. Es más, las crecientes diferencias de riqueza y poder entre estos grupos parecen poner de relieve puntos de vista muy distintos en su esencia acerca del orden natural (por ejemplo, la visión de los curruseños de que el río que se piensa represar es la línea sagrada que los conecta a su existencia misma), las relaciones entre los seres humanos y otros organismos, y los procesos ambientales en general. Las reacciones opuestas de blancos e indígenas de Curré ante el proyecto de la represa hidroeléctrica de Boruca han puesto al desnudo esta división.

A medida que la agricultura se deteriora, la sola presencia de indígenas en las tierras que aún les quedan se convierte en un testamento de su indolencia inherente y obstrucción del progreso para los finqueros y ganaderos blancos. De cara a los pueblos indígenas, las ideas racistas, el uso explotador de la mano de obra indígena, la apropiación de sus tierras y el rápido deterioro del medio ambiente afirma continuamente la inferioridad moral de los así llamados “blancos”. Aunque Costa Rica ha logrado cultivar la imagen de una nación “consciente de la ecología”, en especial a partir de la década de 1980, el aspecto *post hoc* de esta reputación no se les escapa a las comunidades indígenas, que se encuentran en una buena posición para ver la conexión histórica entre su propia marginación, la destrucción de la biota de Buenos Aires y el surgimiento de una retórica “conservacionista” en la burocracia gubernamental, en el discurso público y oficial, y en la expansión de la industria ecoturística. La reanudación del proyecto de la represa de Boruca es tan sólo la prueba más reciente de la amenaza que se cierne sobre la forma de vida de los pueblos indígenas.

La división entre la clase de grandes finqueros-ganaderos y el sector cada vez más vulnerable de minifundistas y propietarios de fincas de tamaño mediano se ha venido ampliando, aun cuando todos comparten el orgullo de ser campesinos, una especie de carta moral democrática. Estos valores se ven reforzados por aquellos principios familiares de cultura a identidad nacional que describen Costa Rica como una democracia agraria rural de pequeños productores.⁴⁰ Estos sentimientos compartidos han impedido que las diferencias de clase en el espacio rural se hagan más pronunciadas o se conviertan en profundas distinciones sociales. Por supuesto que el reciente avance de la frontera agrícola de Buenos Aires también ha desempeñado un papel importante.

Sin embargo, en las condiciones actuales de crisis ambiental y económica, el espíritu “campesino” es una máscara que no logra ocultar las enormes dife-

⁴⁰ Véanse, por ejemplo, Biesanz *et al.*, *The Costa Ricans*, pág. 35; Carlos Monge Alfaro, “The Development of the Central Valley”; y Jacobo Schifter “Democracy in Costa Rica as the Product of Class Neutralization”, en Edelman y Kenen, editores, *The Costa Rica Reader*, págs. 9–12 y 102–111.

rencias de riqueza y poder entre grandes ganaderos y minifundistas. De ahí que la conciencia y los antagonismos de clase entre residentes rurales estén en un estado de cambio o transformación en distinciones culturales emergentes. La probabilidad de que ocurran estos cambios será mayor mientras más minifundistas y operadores de fincas de tamaño mediano sean desplazados de sus tierras, empiecen a trabajar en PINDECO o adopten otras estrategias de empleo que los alejen del campo. Es más, la creciente importancia de la distinción entre una identidad y valores rurales (de campo) y urbanos (de ciudad) parecer ser parte de esta transformación.

¿Qué revela nuestra investigación de Buenos Aires sobre los conflictos políticos, ecológicos y culturales en el contexto más amplio de Costa Rica? Este estudio dramatiza la profunda influencia que tiene la producción agroexportadora en la economía, la cultura y el medio ambiente en ese país. La plantación de Del Monte afecta cada fase de la vida en el cantón de Buenos Aires. Aunque no es un tema que se analice en los estudios de caso anteriores, en la mente de la ciudadanía las plantaciones están vinculadas a las manifestaciones locales de los problemas ecológicos nacionales, como la deforestación, la contaminación y el agotamiento de los recursos. Como empresa transnacional, Del Monte es muy visible en el contexto de una comunidad marginal como Buenos Aires, lo cual ha aumentado la conciencia ecológica de la población local; también ha hecho más fácil poner los problemas ambientales en primer plano en el discurso político. Vale la pena señalar el contraste con la ganadería en este sentido tanto para Buenos Aires como para Costa Rica en general. Su impacto en el medio ambiente es más difuso; al dispersarse entre cientos de productores, es menos observable de inmediato y, por consiguiente, casi nunca se incluye en el discurso político acerca de cuestiones ecológicas. La propuesta de represa es una amenaza más directa al medio ambiente de Buenos Aires y, por lo tanto, es casi seguro que siga aumentando la intensidad de la acción y el discurso político en el futuro próximo.

La cultura nacional relativamente sólida de Costa Rica encuentra una expresión coherente en nuestros estudios de caso específicos, lo cual se puede observar en los valores básicos compartidos entre los distintos sectores de la comunidad que hacen posible encontrar soluciones aceptables a sus conflictos más graves. Un ejemplo de este proceso de concertación cultural es la familia Chávez y los acuerdos a los que llega para cambiar una forma de vida rural por una de naturaleza más proletaria y basada en la comunidad. Se observa también este proceso en el controversial proyecto de la represa, como resultado del cual las más poderosas fuerzas políticas del país han tenido que llegar a un compromiso con el sector social más débil, el de los indígenas. Al final, es probable que se construya la represa pero en un sitio que sólo tendrá un impacto menor en las comunidades y no antes de consultar en serio con los ahora politizados curreseños.

Esta clase de concertación es típica de los costarricenses y no cabe duda de que tiene sus raíces en la cultura nacional compartida. Sin embargo, el estudio de Buenos Aires también evidencia que hay importantes nichos en la sociedad costarricense en los que hay pronunciadas diferencias subculturales y que estas distinciones pueden convertirse en armas en las luchas por los recursos. Las profundas divisiones culturales entre blancos e indígenas son ilustrativas en este sentido y surgen repetidamente en nuestros materiales de caso.

Nuestro análisis también confirma el grado relativamente alto de conciencia ecológica que caracteriza a Costa Rica, como indica la clasificación tan alta del país en el Índice de Desempeño Ambiental.⁴¹ Esta conciencia es aún más impresionante por el hecho de que Buenos Aires es un cantón bastante aislado, poco desarrollado y étnicamente diverso. Es más, los estudios de caso revelan que estos intereses ecológicos provienen tanto de la clase media local (por ejemplo, los concejales municipales) como de la clase media en general (como los agentes de las instituciones gubernamentales). Quizá lo más alentador es que los campesinos e indígenas de capas sociales más bajas también expresan estas inquietudes ecológicas. No siempre se plantea este aspecto cuando se analiza la sólida trayectoria de Costa Rica en la búsqueda de soluciones a sus problemas ambientales.

Cabe señalar que los conflictos de Costa Rica en general y de Buenos Aires en particular, no suelen derivar en violencia o en el uso de fuerza militar. De ahí que a pesar de la intensidad del conflicto por la represa hidroeléctrica propuesta, hasta el momento los curreseños y otros grupos costarricenses han evitado el uso de la violencia. No obstante, la excesiva aplicación de herbicidas, fungicidas e insecticidas sigue siendo un problema ambiental en Buenos Aires y en Costa Rica en general. Por ejemplo, PINDECO emplea cantidades excesivas de estos químicos en Buenos Aires, aun cuando la empresa ha demostrado una sensibilidad inusual con respecto a ciertas cuestiones ambientales, como la deforestación. Esta sensibilidad se debe en parte a las inquietudes bien articuladas que han expresado los ciudadanos locales y nacionales. La ganadería extensiva es otra actividad agroexportadora que ha causado un deterioro considerable del medio ambiente en Buenos Aires.

Dos importantes características socioculturales que parecen tener impacto en la ecología política de Buenos Aires son: 1) la fuerte penetración en el ámbito comunitario local de una cultura nacional costarricense y 2) la influencia relativamente débil de ideologías radicales en el plano nacional y local. Estos factores hacen posible que los bonaerenses consideren reformar aspectos específicos en vez de transformar valores básicos. En general, los conflictos en Costa Rica no tienden a centrarse en aspectos como la guerra y la paz, quién es o no es

⁴¹ Índice de Desempeño Ambiental, 2008.

un verdadero ciudadano, o si el medio ambiente se ha deteriorado o no. No obstante, es probable que los conflictos actuales en Costa Rica a raíz del Acuerdo de Libre Comercio entre América Central y Estados Unidos indiquen el inicio de divisiones más profundas y volátiles en el país. En Buenos Aires, los conflictos giran por lo general alrededor de la negociación de valores marginales, cómo se deben reflejar los derechos ciudadanos en programas justos y cuál es la mejor forma de proteger el medio ambiente y seguir produciendo para el mercado.

El caso de Buenos Aires demuestra que, aun en ausencia de un sector indígena poderoso (en comparación, por ejemplo, con los mayas de Guatemala) o de una organización revolucionaria activa (como el Frente Sandinista en Nicaragua), la clase trabajadora y los pobres pueden participar activamente en la protección del medio ambiente. Esta posibilidad es de gran importancia para la solución pacífica de los problemas ecológicos en Costa Rica y en otras partes; por lo tanto, merece recibir mayor atención que hasta la fecha.⁴²

La perspectiva “político-ideológica” que hemos desarrollado se centra, por un lado, en las formas sociales y simbólicas distintivas por medio de las cuales las personas negocian tensiones y contradicciones entre procesos de producción, reproducción e intercambio en los ecosistemas locales y, por el otro lado, en las restricciones macro institucionales de los mercados e instituciones políticas nacionales, regionales e internacionales. Vista de esta manera, la ecología política de Buenos Aires abarca distintos conflictos construidos socioculturalmente y estilos retóricos que funcionan en por lo menos dos formas principales:

Primero, representan intentos de personas y grupos de interés por obtener poder instrumental sobre recursos en disputa. El enfrentamiento entre el gobierno y los indígenas de Curré por el proyecto de la represa es un claro ejemplo de la lucha por los recursos y las diferencias culturales que ayudan a definir la naturaleza del conflicto.

Segundo, la ecología política sirve como medio para enfrentar, cuando no conciliar, el dilema de los cambios que producen erosión social y ecológica y, por consiguiente, ponen en peligro la comunidad. En este sentido cabe destacar la popularidad de la música “campesina” y la programación de la radio rural,

⁴² Para obtener más percepciones de éstos y otros aspectos conexos, véanse Mark Bonta, “Becoming Forest-Becoming Local: Transformations of a Protected Area in Honduras”, en *Geoforum* 36 (2005), págs. 95–112; Kenneth R. Young, “Deforestation in Landscapes with Humid Forests in the Central Andes”, en Karl S. Zimmerer y Kenneth R. Young, editores, *New Lessons for Conservation in Developing Countries* (Madison: University of Wisconsin Press, 1998), págs. 75–99; y Karl S. Zimmerer, “The Reworking of Conservation Geographies: Nonequilibrium Landscapes and Nature-Society Hybrids”, en *Annals of the Association of American Geographers* 90 (2000), págs. 356–369.

sobre todo entre los recientes emigrantes del campo, en momentos en que la comunidad enfrenta conflictos internos por derechos de agua y el creciente número de pobres sin tierra. La música, el humor y las reglas del campo se convierten en comunicación ritualizada para expresar y reformular el ideal de una sociedad agraria igualitaria de campesinos humildes, trabajadores y autosuficientes. En tanto que meta comunicación sirve como crítica de la realidad en que se ha convertido la sociedad rural.

En estos distintos sentidos, la ecología política se vuelve parte de la estrategia diaria de solución de problemas que los bonaerenses aplican al tratar con las fuerzas impersonales del mercado mundial y la maquinaria burocrática del Estado-nación. Un ejemplo por demás ilustrativo es el de la represa de Boruca, en el que las armas más poderosas empleadas por los indígenas son el activismo político y el discurso cultural, es decir, la amenaza que plantea la represa para su existencia misma como entidad social y cultural.